



FLASHBACK*

Crónica

Dr. Fabrizio Lorusso

Claire viste una camisa blanca elegante, los jeans limpios y los tenis nuevos, idóneos para largas caminatas. Salió de prisa, con paso decidido. Luce en medio de los escombros. Trota en subida evitando inmensos cúmulos de ladrillos, alcantarillas abiertas y postes de luz arrancados en medio de la banqueta. Cansada por esta carrera de obstáculos sin sentido, se sienta en la orilla de una piedra que invade el carril, ralentizando el tráfico. Sobre la rue Delmas se jadea, el sol parece quedarse fijo en el cenit por todo el día, empujando la columnita del termómetro arriba de los 30 grados. El esmog, típico de una caótica metrópolis caribeña, se mezcla con el polvo de la destrucción, el vagar desesperado de multitudes en busca de un motivo para explicar la tragedia y de un trozo de pan para mitigar el hambre.

Han transcurrido tres semanas desde el terremoto, un tremendo temblor que en 39 segundos cobró la vida de 250 mil víctimas en la capital de Haití, Puerto Príncipe. El 12 de enero, día de la catástrofe, Claire estaba lejos de su casa y se salvó. A su primo, su tía y muchos amigos del barrio y muchísimas otras personas no les tocó la misma suerte. Ella todavía tiene una casa y una madre. En cambio, un millón y medio de sus conciudadanos duermen en los jardines públicos, en las banquetas o en los campamentos armados a la buena de Dios en más de mil sitios de emergencia diseminados por la ciudad.

Sin embargo, Claire tiene hambre. Su madre no se aparece desde hace un par de días. Cualquier producto de primera

* Fragmento del capítulo "Reload 2015-Hambre y derechos humanos en Haití" del libro *El hambre de Haití: Terremoto, olvido y paradojas de la solidaridad*. Se reproduce con el permiso del autor:

necesidad se ha vuelto un lujo inaccesible. Solamente quien vive en los campamentos puede acceder a alguna ración de arroz y frijoles. Los demás deben arreglársela, ingeniarse, buscar trabajitos jornaleros o pedir limosna. Sí, pero ¿a quién?

La muchacha observa a los transeúntes desde atrás de la peña en la que se agazapó, que en realidad es lo que queda del segundo piso de una pequeña posada. Claire está esperando toparse con algún *blanc*, algún extranjero a quien hablar y pedir ayuda. Somos dos hombres que exploran en medio de los escombros y la confusión, a pocos días de haber llegado a la isla. Dos desconocidos llamados Diego y Fabrizio que Claire avista y sigue. Treinta, cuarenta, cincuenta pasos acelerados tras nosotros, y luego los rebasa. Gentil, pregunta si tenemos algo que comer, de manera sencilla, con la mirada agachada y el tono resuelto. Le ofrecemos agua y la invitamos a seguirnos.

Claire mira curiosa a su alrededor. Tendrá unos dieciocho años. Estamos sólo a tres cuadras de la sede de la Aumhod, la asociación de abogados por la defensa de los derechos humanos que nos hospeda. Su presidente, Evel Fanfan, usa la casona de la organización como oficina, almacén de víveres y medicamentos, dormitorio improvisado, “centro de servicios” para los habitantes del barrio y, finalmente, como comedor y refugio de emergencia para algunos damnificados y para los cooperantes o los periodistas que vienen de visita. Es nuestro caso. Claire aceptó con gusto nuestra invitación a comer. En ratos, en un francés didáctico y bien deletreado, necesario para que entendamos, nos habla un poco de su vida y del día del terremoto, *le douce janvier*,¹ que cambió la existencia de todos y el curso de la historia haitiana. Delante de nosotros, ahora, hay una barda blanca y una puerta con un letrero en criollo. La Aumhod se ha transformado en un pequeño centro de refugio. Los obreros de un sindicato independiente usan la sede de la asociación para llevar a cabo sus reuniones y reconstruir vínculos, contar los daños y echarle ganas. Las mujeres y los hombres encargados de la limpieza trabajan por la mañana y esperan la hora de la comida antes de irse.

Incansable, Evel está siempre atareado. Su celular suena cada cinco minutos. Contesta en inglés, criollo o francés. Busca recursos, escucha relatos, apunta planes de acción en un pizarroncito, visita campamentos y embajadas, clínicas y cárceles. A veces parece actuar instintivamente, dominado por un extraño frenesí. Está tratando de localizar a los demás abogados del grupo para reanudar las actividades, pero la situación es demasiado grave, los edificios ministeriales y los tribunales se derrumbaron, todos los trabajos están parados. Por un rato no habrá tiempo para seguir los juicios, urge sobrevivir, conseguir comida, comprar gasolina para el generador, agua y medicamentos.

Después del sismo, el agua se ha convertido en un bien de lujo y se necesitan puñados de dólares para comprar una botella del vital líquido o un sobrecito de plástico que perforar con los incisivos y chupar hasta la última gota. Haití tiene sed y encuentra agua potable sólo en los campamentos refugio, armados en cada barrio citadino y por la calle o en venta en los puestos

¹ El 12 de enero de 2010.

ambulantes. El supermercado, aunque abrió sus puertas pocos días después del terremoto, está semidesierto, es carísimo, carece de la mitad de los productos; evidentemente resulta inaccesible para los haitianos. Si antes del 12 de enero de 2010 tres cuartos de la población vivía bajo el umbral de pobreza, la situación se agravó drásticamente después del temblor que arrasó con casi toda la capital y su periferia.

Cómo citar este artículo

Lorusso, F. (2019). Fragmento del libro *El hambre de Haití: Terremoto, olvido y paradojas de la solidaridad*. *Entretextos*, 11(33), 1–3. <https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.201933116>